

Un quiróptero amoral

*Todas las cosas y ninguna.
En busca de Fernando
Molano Vargas*

PEDRO ADRIÁN ZULUAGA
Seix Barral, Planeta, Bogotá, 2020,
208 pp.

ESTE LIBRO llega como una biografía del escritor bogotano Fernando Molano Vargas, de tinta del autor paisa Pedro Adrián Zuluaga. La idea inicial fue de Christopher Tibble, quien, como nos cuenta Juan David Correa, el director literario de Planeta, le sugirió la empresa para que Zuluaga escribiese esta biografía, “como una tarea y un acto de justicia” con la obra de Molano. La sugerencia de Tibble fue pensar en “una biografía o un ensayo biográfico donde la voz y la presencia del escritor dialogaran con las de su personaje”, al modo de Emmanuel Carrère, continúa Correa. “Un libro donde cupiera la mirada de quien escribe preguntándose por un fantasma que sigue vivo gracias a sus libros”.

Comencemos por la inserción del gesto del libro, de la biografía. De su existencia corpórea y formal y, por qué no, fantasmática, allende el material disponible sobre Fernando Molano. Este libro de Zuluaga es raro, acaso inusual. Es una obra que parece completar o iniciar un puzzle, una pieza clave dentro de la bibliografía de Molano, porque invita a la lectura de sus libros y dialoga con el corpus crítico que la precede. También, al parecer, pone en un justo lugar su poética y, sobre todo, nos da cuenta de la recepción y el modo en que hasta la fecha se ha leído y se sigue leyendo su obra, fuera y dentro de la literatura LGBTIQ+; esto es, organiza el material sobre Molano para la mirada lectora, y llega incluso a ofrecernos datos estadísticos en Colombia sobre el VIH que sepultó a Molano, englobándolos en los vaivenes universales que rodearon no solo al autor sino a toda persona enferma en aquella época.

Pero primero hablemos de la obra central de Molano, su primera novela transgresora y coyuntural, por más que algunos lectores y cierta crítica, lo mismo que el autor de este libro, tal vez, tengan más inclinación por su novela póstuma, *Vista desde una acera*, sin

restarle dimensión a *Un beso de Dick*, ese libro suyo de culto al que nos referimos.

Zuluaga nos cuenta las peripecias y la recepción de esa primera novela, que van desde la primera edición y las fotocopias clandestinas entre los *happy few*, cuando no se conseguía, hasta la más reciente edición del año 2019, incluyendo lecturas y ediciones en otras latitudes. Nos dice que aquella historia de amor entre dos hombres se leyó inicialmente como una novela de maricas, muy contrariamente al deseo de Fernando Molano:

[...] la de Molano Vargas no será ni la primera ni la última novela sobre el amor entre dos hombres en la literatura escrita en Colombia o por colombianos, pero posiblemente sí la primera que empieza a formular un vocabulario para la pasión homoerótica, aproximando este encuentro a los rituales de seducción y espera típicos del amor romántico entre una mujer y un hombre, pero que, al tratarse, en este caso, de dos hombres, tenía que inventar otras direcciones. (p. 49)

Así es que Zuluaga va y viene en una labor detectivesca, siguiendo los vaivenes del crítico que persigue las pistas para la biografía o las de un biógrafo que se aventura al ensayo. Entonces allí nos encontramos una idea fundamental: el biógrafo cita a Barthes y a Lang para hablar de una novedad que la mayoría de sus primeros lectores vislumbraron en su momento: “[...] la composición de los ‘ritmos dispares’, como respuesta a la falta de códigos amorosos en la cultura y la sociedad para hablar de sentimientos –y no solo de sexo– entre dos personas del mismo género” (p. 50). Y también nos indica que la novela llevaba en su interior y en su gesto una novedad ausente de libros como *Te quiero mucho, poquito, nada*, de Félix Ángel, o *El río del tiempo*, de Fernando Vallejo. ¿Y cuál fue la novedad? En estas dos, al contrario que en *Un beso de Dick*, la aventura amorosa tiende a darse en mundos sórdidos o violentos, conservando los tintes “secretos” y “prohibidos” del tema homosexual en Colombia y con un cariz de censura que no construye códigos distintos ni más amplios. Por esa y otras razones “ha tenido un

destino accidentado y hermoso: un paso de la semiclandestinidad al canon literario colombiano” (p. 35). Y cuando el periodista dice esto se refiere obviamente a una peripecia que también nos cuenta en sus páginas, y es cómo la mayoría de sus lectores de la comunidad LGBTIQ+ leían los libros de Fernando por debajo de cuerda, en secreto y de modo silencioso, algo que no asombra hoy en día en este país tan godo.

De este modo, el autor construye una biografía atípica y en ciertos instantes logra bajar menos al infierno de la vida de Molano que al de su enfermedad y su muerte. Su ritual y mecanismo lo tenemos en los ojos, desde el principio del libro, mediante la historia de Filemón y Baucis, en la versión de Ovidio, y por supuesto mediante su correlato, el entierro ritual, en un árbol del Parque Nacional, de Diego, la pareja del escritor, quien también muere como consecuencia del VIH, y donde se abisma el ominoso camino de la Parca. A todo esto sumemos el drama de la enfermedad de su madre y su padre y la falta de medios económicos con sus modestas aspiraciones: profesor, escritor y ser el apoyo de los suyos.

El libro se estructura en 13 partes –sí, ese número fatal de muerte y renacimiento–, aunque no salgan numeradas en su índice. Acaso este rasgo sea deliberado por parte del autor, así sus tres últimas partes parezcan un gesto protocolario para el lector distraído: las películas sobre Molano, la música que amaba y la lista de personas con quienes conversó Zuluaga. Tampoco sobra decir que faltaría una segunda lectura para buscar las claves de esa forma en que el autor vagabundea por la vida y obra del biografiado, y así percatarnos del modo en que teje y desarrolla la sustancia del libro.

Ahora bien, en un aspecto formal, el estilo es conversacional y ágil, casi aéreo, y logra algo inusual: su escritura brinda alas a ciertas estadísticas del VIH y a la cantidad de nombres y personas que encuentra en su aventura, disparando la visualización, por parte del lector, en otras direcciones. También ese dato estadístico aborda un aspecto humano infrecuente en otros autores, uno tan caro en el entorno de la enfermedad de Molano y de Diego, su pareja.

Pero descontemos la somnolencia que pueda producir la estadística en

BIOGRAFÍA		RESEÑAS
<p>ciertos lectores, y hablemos de momentos de belleza y hondura del libro; momentos que, numerosos o no, justifican la existencia del mismo. En el primero, Zuluaga está hablando de los espacios en su vida y su literatura. Entonces tras hablar de calles, duchas y canchas, de casas, salones y patios, nos dice:</p> <p>[...] tal vez toda esa geografía ofrezca claves para acceder al sentido de la vida de ese hombre que fue Fernando. Quizá somos más geografía que psicología, como nos lo dicen los sueños, en los cuales siempre estamos a la deriva, buscando entender o recomponer un espacio siempre en fuga. (p. 81)</p> <p>Y, efectivamente, lo que hace Zuluaga es seguir ese modo de indagar en la vida de Fernando, al menos en varios capítulos.</p> <p>Ahora terminemos con este pasaje que nos viene a la mente, y que demuestra la labor amorosa del biógrafo y, dicho sin ambages, el acto <i>amoral</i> del mismo, pero en el sentido del amor y no de la moral; esa manera en que el autor y Molano superponen sus rostros hasta encajar en algunos bordes y aristas de sus imágenes, una sobre otra. Y aquí viene un leitmotiv del libro, que con absoluta franqueza nos revela Zuluaga en las siguientes líneas, de una vez y para siempre:</p> <p>[...] dos de los hombres de los que me enamoré en esos años noventa eran seropositivos, y no tenía duda de que un día, más temprano que tarde, también yo lo sería. La enfermedad era como ese fantasma que me hacía falta para completar cualquier relación; no creo que fuera por la enfermedad en sí, sino por ese deseo arrogante de merecer, como diría Susan Sontag en <i>La enfermedad y sus metáforas</i>, una ciudadanía más cara. Quería vivir el heroísmo de la enfermedad, probar las últimas cosas con solemnidad y grandeza. El sida, en esos años, permitía esas fantasías románticas, que no dudo que tuvieran una carga punitiva, autodestructiva, sí... tanática. (p. 69)</p> <p>Así es que Zuluaga nos revela su rostro. Y el golpe que siente el lector es duro.</p> <p>¿Pero podríamos decir algo más? Sí, aún se puede, más allá de su heroísmo.</p>	<p>Y así echemos de menos que el autor nos escamotee algo más de sí mismo, sea directa o indirectamente. O así nos hagan falta más detalles y anécdotas de Molano, más espesura, y no tanto de esos delicados rasgos de su generoso corazón. O por más que Molano parezca indigno de cualquier deslealtad por parte del biógrafo, y echemos de menos algunas críticas de su obra o algún defecto personal suyo, y que por eso Zuluaga ofrezca la fortaleza de su precisión y defensa a los puentes levadizos del <i>amoral</i> enamoramiento, valga la perogrullada, tenemos en las manos el libro de un verdadero quiróptero que nos habla desde el otro lado. Y no por pura imaginación.</p> <p>Por esa razón, este libro sobre Molano nos recuerda una idea de Samuel Johnson, que como un disparo fulgente sobre el tema del biógrafo nos dice, en la vida de Milton: “Somos perpetuamente moralistas, pero geómetras solo al azar”.</p> <p style="text-align: right;">Diego Castillo</p>	